

Aun pateó el suelo: el carruaje avanzaba lentamente para su impaciencia; las mulas le parecían cangrejos, que andaban hacia atrás.

El coche llegó hasta donde él estaba; pero el cochero, describiendo un perfecto arco de círculo, penetró en el parque, y sólo se detuvo ante los escalones de piedra que daban ingreso al castillo.

Era natural que el cochero obrase de aquel modo, tratándose de la dueña de todo aquello; no iba á detenerse en medio de la carretera.

El conde le siguió jadeante, regalándole algunas maldiciones y dieterios.

Cuando llegó, subía la canonesa por la escalera principal, apoyándose en el brazo de su mayordomo, que la prodigaba todo género de felicitaciones.

Aun era tiempo para que el conde la prestase también su brazo.

—Pero, sobrino, ¿por qué no me has esperado aquí? —le dijo la buena anciana, luégo que se hubieron saludado.

El conde no la contestó más que con una mirada y un suspiro; se lo impidió la fatiga que le produjo el haber atravesado el extenso parque á paso de carga, como quien va á tomar un reducto á la bayoneta.

Así llegaron á las habitaciones de la anciana; ésta tomó asiento, esperando que la sirvieran una copa de vino blanco con bizcochos.

A sus años, los viajes descomponen un poco, aun cuando se hagan con comodidad.

—Y bien, tía, ¿qué tenéis que contarme?—le preguntó el conde, que vió llegado el momento de satisfacer su curiosidad.—Supongo que el capítulo habrá sido magnífico.

—¡Pehé!... Como todos los años... Sí, ha estado bien,—contestó la anciana, que en realidad nada nuevo tenía que contar.

—¡Como todos los años!—dijo aquél, extrañando la frase.

—Ni más, ni menos.

Y doña Úrsula, que, como sabemos, deliraba también por aquellas cosas, hizo una reseña del capítulo, ni más ni menos que las que hacen los periódicos de las sesiones de Cortes.

El conde, que extrañaba aqueña indiferencia respecto de su vajilla, no pudo menos de decirla:

—Supongo que la colación habrá estado excelentísima.

—Sí; se ha comido y bebido bien.

—¿Y el servicio de mesa?

—No ha dejado nada que desear.

Y la canonesa guardó silencio.

¡Qué indiferencia!

No era aquello lo que el conde tenía derecho á esperar, lo que su tía le había prometido en aquella carta, que aun guardaba en el bolsillo.

La vajilla debía estar tan ofendida como el conde: aquel silencio, aquella omisión eran despreciativos.

¡Esperar tantas horas para eso, en vez de abrazar-

le con entusiasmo por el servicio que acababa de prestarla!

Las canonesas usan á veces una conducta incomprendible.

El conde, que no se atrevía á aventurar una pregunta directa, como quien no da importancia al hecho, dijo:

—Su ilustrísima habrá quedado satisfecho.

—¡Qué ilustrísima!—preguntó la anciana.

—¡El señor obispo de la diócesis!

—No le hemos visto por allí.

—¡Oh!... ¡Al cabo no ha asistido!

Esta exclamación la hizo el conde con el mayor desaliento.

La canonesa acababa de echar un jarro de agua fría sobre su entusiasmo.

El castillo de naipes caía al suelo por el soplo de un niño.

En aquel momento hubiera hecho del obispo un acólito, castigando su falta de asistencia, su poca galantería con las canonesas, anunciándose previamente, para faltar luégo, como si se tratase de una reunión cualquiera.

Pero después calculó que la anciana no habría dejado pasar la ocasión de exhibir la vajilla de su sobrino.

Descendía del prelado á los canónigos, pero siempre era algo.

Así es que preguntó:

—¿Qué tal efecto ha hecho?...

—¿El qué?—dijo la canonesa, viendo que se callaba, é ignorando á lo que se refería.

—¡Aquello!

—¿Y qué es aquello?

—¡Vamos, será necesario que os pongan los puntos sobre las *ies*!

—¡No sé lo que quieres decir, sobrino!—contestó la anciana, admirada de aquella insistencia.

—Me refiero á la vajilla...

—¿A cuál?

—¡Pardiez!... ¡A la mía!—exclamó el conde, perdiendo completamente los estribos, y sin advertir que juraba delante de una persona tan piadosa y respetable.

Pero ¿qué tenía que ver la vajilla en un capítulo de abadesas? ¿Se reunían acaso una vez al año para hablar de tan fútiles asuntos?

La anciana miró á su sobrino como si temiera por su juicio.

Éste, al ver la extrañeza pintada en su semblante, empezó á inquietarse; la conducta de su tía no era natural.

¿Acaso podía ignorar de lo que se trataba? ¿O era que desde entonces empezaba á chochar?

El momento estaba muy mal elegido.

Pero el asombro del pobre caballero llegó á su colmo al oír que la anciana le decía:

—¿Qué tiene que ver tu vajilla en este asunto?

—¡Que no tiene nada que ver!—exclamó aquél retrocediendo.

—¡Me parece!

—¿O es que no habéis hecho uso de ella?

—¡Claro que no!—exclamó la canonesa, más admirada cada vez del lenguaje de su sobrino.

Aquello era un feo; se había despreciado su vajilla, como si se tratase de una de barro ordinario, por lo que repuso, un tanto mortificado su amor propio:

—¡Habéis hecho mal!... Aun cuando no estaba allí el obispo, debíais haberla exhibido, teniéndola en vuestro poder.

La canonesa abrió los ojos desmesuradamente, y miró á su sobrino, como si éste se hubiera convertido en esfinge.

Tan nuevas eran para la noble señora las cosas que decía.

—¡Que yo tenía la vajilla en mi poder!—exclamó al fin.

—¡Pues claro! ¿No habéis mandado á pedírmela?...

—¡Yo!

—¿Por medio de aquella joven que va á tomar el velo en el convento de clarisas de Pamplona?

—¡Sobrino! ¡Sobrino! ¡Pobrecillo!

—¡Canario! ¡No estoy loco, como suponéis! Aquí está vuestra carta, que no me dejará mentir.

Y el conde la entregó el papel que había recibido de la Capitana.

La canonesa se caló unas gafas, cuyos redondos

cristales eran algo más pequeños que platos de Talavera, y recorrió el escrito.

A medida que avanzaba en su lectura, pasaba su semblante de la sorpresa al asombro, y de éste á la estupefacción.

Lo que leía era completamente nuevo para ella.

El conde la observaba inquieto, turbado y trémulo.

Por último, aquélla le devolvió la carta, exclamando:

—¡Pero si yo no he escrito este papel!...

—¡Que no, decís!

—¡Ni nos hacía falta tu vajilla para nada!

—¡Pero, tía!...

—¡Ni el obispo ha pensado en asistir al capítulo!...

—¡Ah!... ¿Qué significa esto?

—Esto significa, querido sobrino, que has sido víctima de un robo.

—¡Un robo!—exclamó el infeliz conde, cayendo desplomado en un sillón.—¡Un robo de ciento cincuenta mil francos!

—Sí, no hay duda; aquí se ve la mano de la Capitana...; de esa mujer audaz, que es el azote del país...

—¡Un robo!—seguía murmurando el conde, como quien despierta de una horrible pesadilla, y ve que toman cuerpo los fantasmas que le perseguían en ella.

—¡Cómo está el mundo!—exclamó la canonesa, elevando al cielo las manos y las miradas.

—¡Un robo!

—¡Pero tú has caminado muy de ligero al encomendar cosa de tanto valor á una persona desconocida!

—¡Oh!... ¡La infame!...

—Por lo menos, y aun admitiendo que ese papel fuera mío, debiste mandar la vajilla con gente de tu confianza...

Tales reflexiones eran muy cuerdas y prudentes, pero tardías.

En aquel momento se presentó en la estancia un criado con una carta que acababan de dejar para el conde.

Era la que le remitía desde Hernani Juan de Zúñiga.

Después que se hubo enterado de su contenido, exclamó con ira reconcentrada:

—¡Oh! ¡Ya sé quién ha sido el ladrón!





CAPITULO LXXIV

El movimiento continuo en el siglo XVIII.



CUATRO días no más llevaban en San Sebastián amo y criado, y ya el fastidio empezaba á aburrir al primero.

Antonio se encontraba bien en todos lados, con tal de que no le faltase que comer.

Y aun debemos decir que aquella vida le gustaba, por lo mismo que era monótona y tranquila.

Seguramente que no había nacido para las grandes emociones, y sí para la contemplación de la naturaleza.

Por eso eran cada vez más frecuentes sus recuerdos del convento.

Pasaba las horas muertas en la playa viendo el mar, por más que no podía estudiar sus fenómenos.

Pero se contentaba con verle.

Tampoco admiraba su poesía: Antonio no había nacido poeta.

Entonces, ¿por qué contemplaba el mar tantas horas y con tanta atención?

Muy sencillo.

Por los pescados que habitaban sus antros, que tanto le gustaban, unos fritos, otros cocidos, otros rebozados ó en escabeche.

El mar era para Antonio una gran dispensa, donde no había más que escoger.

Tuvo proyecto de hacerse pescador, prefiriendo la caña á la red por ser menos expuesto; además, para este último método necesitaba asociarse con alguien, y su amo no era aficionado.

Aunque la carne es más nutritiva, odiaba la caza.

Es un ejercicio más violento y mucho más expuesto en sus diversos accidentes.

La caza tiene algo de la guerra, y Antonio solía decir á menudo aquello de

*mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.*

Es un ejercicio el de la pesca que se aviene mejor á la vida contemplativa, por lo poco que tiene de ejercicio.

Pero cuando Antonio se distraía, su amo estaba soberanamente aburrido.

Aquella era una población nueva para él; no había hecho aún amistades.

Es más.

Muchos que sabían su confinamiento, ignoraban la causa, y hacían suposiciones muy gratuitas.

Debían suponer, es cierto, que el motivo no era deshonoroso, puesto que aun vestía el uniforme, y el gobernador del castillo le trataba con bastante consideración.

Pero la humanidad es así, y el hombre se complace en atribuir siempre lo malo á sus semejantes.

—Comprendo el *spleen* de los ingleses,—decía, hablando con su criado.—Yo también me siento poseído de una enfermedad análoga, aunque ignoro el nombre que lleva en español.

—¿Por qué no recurrís á la pesca?—le replicaba aquél.—¡Es un gran medio para combatir el aburrimiento!

—Para ti, no lo dudo; ¡no sé cómo pasas las horas muertas entre esas rocas, expuesto á coger un reuma por un insulso pez que no equivale á un conejo, y menos aún á una loncha de jamón! Acabarás por enfermar.

—¡Bah, señor! Yo observo que los pescadores disfrutan de una salud excelente.

—¡Pues no envidio su ejercicio! Luégo, las mujeres de este país no llenan las condiciones que yo deseo, sin decir por esto que sean feas.

—Lo celebro, señor.

—¿Por qué, imbécil?

—Porque así no os enamoraréis: he observado que todos nuestros reveses de fortuna reconocen por causa las mujeres: en este concepto, yo quisiera que nos hubiese destinado á Africa, donde todas son negras, según he oído decir.

—Y ¿crees tú que entre las negras no hay mujeres bonitas?

—¡Ay, Dios mío!

—En fin, pesca tú cuanto te acomode, y déjame que yo *cace*.

—¡Con tal de que no seamos cazados!...

Tales eran los temores de Antonio.

El resultado iba á demostrar que no temía en balde.

Quince días llevaban de aburrimiento en San Sebastián, cuando una tarde se presentó un soldado en el sitio en que Antonio acostumbraba á hacer la guerra á los peces.

A la sazón estaba muy satisfecho de sí mismo: el resultado correspondía á sus esperanzas.

Pero en medio de todo le afligía la idea de dejar aquella costa sin peces.

El soldado iba á impedirlo, por más que Antonio no lo supiera en aquel momento.

Le llevaba un aviso de su amo para que se presentase inmediatamente en el castillo.

—¿Está enfermo?—preguntó éste.

—No.

—Entonces, ¿cómo no viene él mismo?...

—Porque no puede.

—¿Qué es lo que se lo impide?

—Acaban de arrestarle en este momento.

Antonio, en un ademán de sorpresa, tropezó con el cesto donde iba echando la pesca, el cual rodó al suelo por entre las rocas, faltándole muy poco para que á él no le sucediese lo mismo.

Se había realizado lo que tanto temía; la tranquilidad de aquella existencia feliz había desaparecido.

El soldado no pudo decirle la causa de aquel arresto, porque no la sabía.

No dudaba que hubiese de por medio alguna mujer, por más que él no tuviese noticia de que su amo hubiese requerido de amores á ninguna muchacha de la población.

La curiosidad, tanto como el afecto, le hizo acudir en seguida.

Su amo ocupaba un aposento, en el cual no había más guardia que su palabra de honor: ésta era la cadena que le sujetaba.

Antonio le encontró meditabundo y sombrío.

Por un lado, el diablo le protegía; pero por otro, jugaba con él á la pelota.

Hé aquí lo que Antonio supo por sus labios:

Estaba hacía poco en cierto establecimiento de la población despachando una jarra de *chacoli*, porque

había contraído esta melancólica costumbre, cuando recibió aviso del gobernador del castillo para que se presentara inmediatamente.

Obedeció, sin recelar nada malo: no le argüía la conciencia.

Sólo se turbó un poco al ver que aquel funcionario estaba serio y grave, y que no le miraba con la afabilidad que tenía de costumbre.

Después de saludar militarmente, porque aquella entrevista parecía tener carácter oficial, esperó.

Aquel oficial superior tenía un pliego en la mano: Juan supuso fundadamente que era la madre del cor-dero.

En efecto, el gobernador le dijo:

—Caballero oficial, quedáis arrestado de orden superior.

—¡Arrestado!—exclamó Juan con extrañeza.—¿Y por qué?

—Ignoro el motivo: acabo de recibir un pliego del ministro de la Guerra, que os reclama á su disposición en calidad de preso.

—¡El ministro se ocupa de mí!

—En una forma que os honra muy poco.

—¡Pero, en fin, algo dirá el pliego!...

—Nada absolutamente más que lo que habéis oído: el ministro no acostumbra á dar parte de sus determinaciones.

—¿Según eso, debo partir?

—Mañana mismo, aprovechando la circunstancia

de remitir á la corte una conducta de dinero; por lo cual, podéis ir haciendo vuestros preparativos, aunque quedáis arrestado desde este momento; quiero evitaros el bochorno de dar una vuelta á la llave de vuestra estancia, con tal de que me empeñéis vuestra palabra de honor de no salir donde os vean.

—Agradezco á usía esa atención; y como nada tengo que temer, no vacilo en empeñar mi palabra de no hacer lo que pudiera empeorar mi causa.

Esto fué lo que Antonio oyó de labios de su amo. El pobre mozo quedó aterrado.

—¡Otra vez!—exclamaba.—¡Pero, señor, esto es interminable!

—¡Y yo que me aburría!... ¡Hé aquí el medio de distraerme!

—¡Llamáis á esto una distracción!

—Al menos, volveré á la corte.

—¡Como si no volvierais!... Porque no creo que os llame el ministro para llenaros los bolsillos de rosquillas.

—¡Quién sabe!

—¡Yendo en calidad de preso!

—¡Tienes razón!

—Pero ¡qué habéis hecho, señor!

—¡Yo!... Nada, ya lo sabes; ni aun he pescado como tú. En fin, arregla lo que tengas que arreglar, pues mañana debemos partir con el alba.

—¡Yo que me llevaba tan bien con los peces de San Sebastián!...

—¡No hay dicha completa en el mundo, amigo Antonio! A lo menos puedes resarcirte en el Manzanares.

—Lo mejor sería que ni vos ni yo hubiéramos salido de Arévalo.

—¡Pero hemos salido!

Aquella noche no pudo dormir Antonio, pensando en lo que le esperaba á su amo al llegar á Madrid.

No lo sabía, pero de fijo no era nada bueno.

Cuando todo un ministro se ocupa de un alférez, éste debe recelar algo, mucho más cuando se le arresta de orden de su excelencia.

En cambió Juan de Zúñiga durmió ocho horas de un tirón.

El mancebo tenía una naturaleza privilegiada.

Esto pudo consistir en que la conciencia no le argüía nada malo.

Al romper el día se presentó en el patio del casti-
llo, donde le esperaba un buen caballo.

El capitán que llevaba la conducta de dinero se hizo cargo del preso ante el gobernador.

—Espero,—le dijo,—que por honor al uniforme que vestís, no me obliguéis á hacer uso de las facultades que me autorizan para todo.

—Haced lo que gustéis,—contestó Juan.—Yo os empeño mi palabra de honor de no separarme del sitio que me destinéis, y de obedeceros en un todo; pero si creéis comprometida vuestra responsabilidad, me so-

meto al tratamiento que queráis emplear conmigo.

—Vuestra palabra me basta.

—¡Cuánto cumplimiento para privar á un hombre de su libertad! — pensaba Antonio.

El gobernador había desaparecido.

El capitán dió la orden de ponerse en marcha.

En aquel tiempo, las conductas de metálico se trasladaban de unas tesorerías á otras en la forma siguiente:

Empleaban robustos machos; cada uno llevaba á ambos lados de los lomos una caja que contenía la misma cantidad de monedas de oro, plata ó cobre; sobre la albarda iba enhiesto un banderín con los colores nacionales, y cada caballería caminaba escoltada por cuatro soldados, que eran en cierto modo responsables de lo que custodiaban.

Aquella conducta se componía de veinte machos, que caminaban en reata, ochenta soldados, y el capitán.

Éste caminaba detrás de todos con Juan de Zúñiga; Antonio iba algunos pasos más atrás, por respeto.

Así atravesaron la población.

En realidad nadie podía sospechar que el alférez iba preso, pues parecía formar parte de la escolta.

La nueva de su prisión permanecía en secreto, y, aparte de los soldados, nadie la conocía.

Era una atención que Juan debía al gobernador y al capitán.

Al llegar á las afueras de la población, vieron una silla de posta que parecía esperar; el gobernador, inclinado sobre el cuello de su caballo, hablaba con la persona que iba dentro.

El capitán se acercó, saludando con respeto.

Juan vió que asomaba por la portezuela una cabeza de mujer, que no carecía de encantos.

Era una hermosa puesta de sol; es decir, que frisaba ya en los cuarenta años.

Su tipo distinguido le daba por una persona de abolengo; llevaba un elegante tocado de viaje.

Acompañábala otra mujer que parecía doméstica.

El gobernador la hacía objeto de las más respetuosas consideraciones.

Cuando se acercó el jefe de la escolta, aquél le dijo:

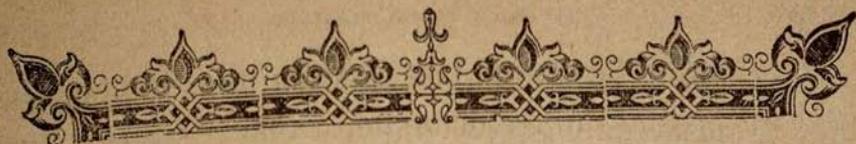
—Caballero oficial, os recomiendo esta señora, de quien cuidaréis tanto como del dinero de que vais encargado, acompañándola hasta la corte, y previniendo sus menores deseos, pues de ese modo serviréis á una altísima persona.

—Sin vuestra recomendación, las leyes de la galantería me imponen un deber, que llenaré con gusto.

—Partid, pues.

La dama y el gobernador cambiaron un saludo; Juan se despidió también de aquella autoridad.

La comitiva se puso en marcha, yendo á retaguardia el carruaje, escoltado por el capitán, Juan de Zúñiga y Antonio.



CAPITULO LXXV

De cómo Antonio desconfiaba de los que le recibían bien.



o era raro en aquella época ver tales caravanas en un camino.

La seguridad individual estaba muy poco garantida; así es que las personas que tenían precisión de viajar, que no eran muchas, gracias al quietismo á que eran tan aficionados los españoles, aprovechaban la marcha de un destacamento, siquiera fuese por pocas horas.

También solía suceder que fuesen reuniéndose en el camino los arrieros, carros y gale-
ras de localidades vecinas, para hacer juntos el trayecto, formando una especie de cuerpo de ejército, que, en caso de apuro, se defendía con escopetas.

La Santa Hermandad de Castilla, que tan buenos servicios prestara anteriormente, había cesado, y hacía tiempo que el cerro de Peralbillo no presenciaba aquellas saludables ejecuciones que daban á los viajeros la seguridad apetecida.

La dama del coche iba muy recomendada al capitán, como ya hemos dicho.

Debía ser persona de distinción, á juzgar por el respeto con que el gobernador la tratara: había dicho á aquél que sirviéndola prestaba también un servicio á una altísima persona.

—¿La conocéis?—preguntó Juan al jefe, con quien había simpatizado.

—Lo mismo que vos.

—Hé aquí un incógnito igual al que presta la carreta en un baile. ¡No podéis figuraros el atractivo que tiene para mí el incógnito!

—Pero tenemos la ventaja de verla el rostro, lo que no pasa en un baile.

—Y que es encantador.

—Da muestras de lo que ha sido.

—Pues os juro que yo aun me contentaría con el presente.

Un fuerte suspiro de Antonio hizo que el capitán volviese la cabeza.

—¡Diablo!—exclamó.—Parece que ese mozo es también de vuestra opinión.

—No lo creáis,—dijo Zúñiga sonriéndose.—Es que me ha oído, y teme que me enamore, pues está en la

persuasión de que todas mis desventuras provienen de mi afición al bello sexo.

—¿Según eso, hay faldas de por medio en el negocio que os conduce á Madrid bajo mi vigilancia?

—Lo ignoro, capitán.

—¡Bah!

—¡Palabra de honor!

—No se prende á un hombre sin decirle el motivo.

—Parece que el señor marqués de Grimaldi, actual ministro de la Guerra, no es de esa opinión, porque ni aun el gobernador del castillo de San Sebastián sabe una palabra.

—Pero ¿vos no sospecháis?

—Nada. Creed que nunca se me ha ocurrido escribir ni una mala sátira contra ese italiano.

En aquel momento se oyó en el carruaje una toseilla seca, así como cuando uno no tiene ganas de toser.

El capitán se acercó sin duda para ver si la dama tenía necesidad de alguna cosa.

—¿Cómo es,—le preguntó ésta,—que os acompaña en la escolta un alférez que no es de vuestro regimiento?

—Va en calidad de preso, señora, bajo su palabra de honor.

—¡Preso! ¿Y por qué?

—De eso mismo íbamos hablando: él lo ignora, y yo también.

—¡Es raro!

—Tengo orden de conducirle ante el ministro de la Guerra, que es el que le reclama.

—¡Ah! ¿El marqués de Grimaldi?—preguntó la dama con cierto interés.

—El mismo.

—Y ¿qué hacía en San Sebastián ese joven?

—Estaba desterrado de la corte por un año, á consecuencia de un duelo con el marido de una dama que ocupa en la corte un puesto principal.

—¡Hola! ¡Hola!

Y la dama asomó la cabeza por la ventanilla, mirando hacia atrás.

—¡De mí hablan!—exclamó Zúñiga, retorciéndose el bigote y haciendo caracolear á su caballo.

Antonio se acercó, diciéndole con respeto:

—¡Pero, señor, es posible que en tal situación penséis en enamorar! ¿No consideráis que esa señora puede servirnos de madre?

—Lo que considero es que os vais haciendo muy deslenguado, señor Antonio; y como sigáis así, pronto os veréis privado de la honra de servirme.

Antonio suspiró, pensando tal vez que aquella honra no estaba exenta de peligros.

Durante dos días no sucedió nada de particular á la pequeña caravana.

En un viaje se estrechan pronto las relaciones, y en los altos que hacían para tomar descanso, la dama

hacía que el capitán y el alférez se sentaran á su mesa.

Parecía muy complacida con la charla de éste, que la refirió algunos capítulos de la crónica escandalosa de la corte, hasta donde podía conocerlos un alférez de guardias.

La dama, aunque con corrección, se expresaba con cierto acento italiano.

Por lo demás, no se le escapaba más de lo que quería decir.

De modo que Zúñiga y el capitán, respecto de ella, estaban tan adelantados como al principio.

Antonio se encargó de la doncella; pero ésta estaba bien amaestrada, y en algunas ocasiones permanecía muda.

La tarde del segundo día llegaron al pie de la montaña.

Juan le dijo al capitán:

—¡Mal sitio para pasarle de noche, y con dinero!

—¿Le conocéis?

—¡Algo! Aun no hace un mes que me sucedió cierta aventura!...

—¡Es verdad!—se atrevió á interrumpir Antonio temblando.

—¡Bah! ¿Tenéis miedo?

—No le tuve en aquella ocasión, yendo casi solo; calculad ahora que vamos ochenta.

—¿Creéis que se metan con ochenta hombres?

—En la montaña, el número no equivale á nada;

además, tenéis que responder de un dinero que no es vuestro.

—Ciertamente; pero... si queréis aconsejarme alguna cosa, hablad.

—No es consejo, sino una indicación.

—¿Qué haríais en mi lugar?

—La tarde va cayendo; en la montaña será ya noche. Yo esperaría á que amaneciese para cruzarla de día; no marcan término á vuestro itinerario; de modo que nada puede importaros que dure la marcha un día más.

—Seguramente.

—Cuando esas veinticuatro horas pueden evitaros un disgusto.

—Pero ¡pasar la noche al raso!... ¿Creéis que eso es agradable para una dama?

—Allá abajo distingo un caserío, que pudiera servirnos de albergue.

—¿Dónde?

—Hacia la izquierda.

—En efecto, no tiene mal aspecto... Voy á comunicar mi resolución á esa dama; esto aconseja la galantería.

—Pero vuestra responsabilidad os exime de ser galante en esta ocasión.

El capitán dió orden de hacer alto, mientras se dirigía á la silla de posta.

En la dirección que había indicado Juan, como á dos tiros de bala, y en medio de un extenso cercado de

árboles, se veía uno de esos pintorescos caseríos de que tan pródigas son las provincias vascas.

Convidaba á hacer un alto antes de penetrar en la montaña, cuya falda ocupaba.

Eran media docena de edificios unidos por huertos y corralizas, por cuyas bardas sobresalían las copas de los árboles frutales.

En medio había un molino, cuyas piedras ponía en movimiento un brazo de agua que bajaba de la montaña, perdiéndose hacia un valle, después de formar dos remansos en la pradera.

El sitio era delicioso para pasar la noche.

El capitán, después de tomar la venia de la dama, ordenó que la columna se dirigiera hacia aquel sitio.

Al verlos llegar apareció en la puerta del molino un hombre bajo y rechoncho, el cual puso sobre sus ojos la mano como para recoger la luz.

Dos hombres más, perfectamente enharinados, le acompañaban, esperando á pie firme la columna.

El capitán se adelantó, mientras Zúñiga hablaba con la dama por la portezuela.

—¡Buen hombre!—dijo aquél,—en la posibilidad de que podamos pasar aquí la noche, os pedimos vuestra venia.

El molinero se adelantó.

—¡Cáspita!—dijo, quitándose el gorro y sacando á relucir unos cabellos que parecían de lana.—Mucha gente sois...; pero, ¡qué diablo!..., el molino es grande y tiene buenos corrales... En cuanto á vos y los de-

más jefes, podéis ocupar mis propias habitaciones... Aun cuando no tienen nada de cómodas, buenas son para una noche.

—Se agradece la buena voluntad.

—Eso sí, no falta.

—A fin de no causaros tanta molestia, ¿no podíamos distribuirnos en esas casas inmediatas?

—No son mías, señor oficial; además, están cerradas, y no dispongo de la llave. Son unos telares abandonados..., y ahí os iban á comer las ratas... Tampoco faltan en mi molino, pero... no estaréis mal; una mala noche pronto se pasa.

—¿Y respecto á la cena? Os advierto que se os pagará: pan tenemos.

—Entonces, puedo ofreceros arroz y carne en cecina para la tropa; en cuanto á los demás, en mi corral hay huevos y gallinas.

—Ea, pues, disponed lo necesario mientras la gente se acomoda.

Aquel bueno y complaciente molinero dió orden á sus criados, que empezaron á preparar lo conveniente para la cena, utilizando en la misma pradera esos calderos enormes que usan los pastores en las majadas.

Entre tanto los soldados ocuparon dos corrales que respaldaban el molino.

Eran bastante capaces.

Los machos fueron descargados, colocando los cajones con el dinero en uno de los ángulos del corral, donde se colocaron dos centinelas.

Los fusiles se pusieron en pabellón al otro frente, al cuidado de otros dos centinelas.

La gente se dedicó á ayudar á los que preparaban la cena, los unos, y otros á cuidar de los machos, darles agua y pienso.

Entre tanto, el molinero subía á las habitaciones del piso superior, precediendo á la dama, su doncella y los dos oficiales.

Allí no había más que una sala y una alcoba, destinadas, como era natural, á las dos primeras.

Por una escalera de caracol se subía á un granero, en el que Antonio se encargó de preparar dos frescos y mullidos lechos con haces de paja, para su amo y el capitán.

Pero éste renunció, diciendo que su puesto estaba entre sus soldados: no quería perder de vista los cajones cuya custodia le estaba confiada.

—Ea, pues,—dijo el molinero;—ya que está arreglado todo, voy á hacer que lo esté pronto la cena; he dispuesto para ucedes una buena tortilla de jamón y un par de gallinas asadas... No faltará vino, por más que la tropa carezca de él... ¡Cáspita!... Son muchos... Yo lo siento; pero...

—No hay que apurarse, buen hombre; el soldado está acostumbrado á todo.

—Hé ahí un hombre bien complaciente, que en un momento ha dispuesto cena y alojamiento para ochenta y tantas personas,—dijo la dama.

—En efecto,—contestó Zúñiga.—Aquí vamos á pa-

sarlo menos mal de lo que creí al principio. Siempre estaremos mejor que en la montaña..., por más que este aposento no sea digno de vos, señora.

—¡Y qué vamos á hacer! En la guerra, como en la guerra.

Mientras que la dama y su doncella recorrían las dos habitaciones pobremente amuebladas, con esa curiosidad peculiar á toda mujer, y el capitán cuidaba abajo de que su gente se acomodase del mejor modo posible, Antonio se acercó á su amo, diciéndole con aire suspicaz y asustadizo:

—¿Querréis, creer, señor, que no me gusta nada ese molinero?

—Observo, amigo Antonio, que te has vuelto maldiciente, y que tienes que murmurar de todos y de todo. Vamos á ver: ¿por qué te disgusta ese pobre hombre?

—Le encuentro demasiado complaciente...

—Pero, imbécil, ¿había de atreverse á tratarnos á puñetazos?

—Ya veis que con la molestia que se le causa no debía estar...

—Pero como va á pagársele esa molestia, sólo puede atribuirse parte de su amabilidad á su afición al dinero.

—De cualquier modo, su sonrisa me parece falsa y su mirada traïdora.

—¡Serás capaz de tener miedo estando reunidos aquí ochenta hombres! ¡Es decir, que de aquí en ade-

lante, viajando con un ejército, no te vas á considerar tranquilo!

—Yo me entiendo.

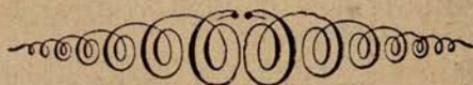
La presencia del molinero interrumpió el diálogo.

La cena fué servida, y todos se sentaron á la mesa.

Antonio escanciaba, esperando que le llegase su turno.

Después la conversación giró... sobre lo que debía girar, estando al pie de la montaña.

Juan preguntó por la Capitana, teniendo antes que explicar quién era ésta, aunque se guardó muy mucho de decir lo de la vajilla, y que había almorzado con ella.





CAPITULO LXXVI

Preparativos de caza.



A Capitana! — exclamó el molinero, encogiéndose de hombros. — ¡Quién sabe lo que habrá sido de ella!

— Pero ¿no está ya en el país? — preguntó la dama, á quien aquella figura, que tomaba por inverosímil, había interesado.

— Hace ya más de veinte días que falta.

— ¡Eso no es nada para ella! — dijo Zúñiga. — Además, tenía cariño á estos sitios.

— Pues yo os digo que no volverá, señor caballero.

— Pues ¿cómo? ¿No le inspiran ya estas montañas bastante confianza?

—Dicen... que ha pasado á Navarra.

—Ya lo hacía antes de ahora.

—Pero es que ha pasado para...

—¿Para algún golpe de mano de los que acostumbraba á dar?

—Para vender en Pamplona su partida, lo mismo que quien vende una libra de fruta ó una vara de cinta.

—Eso no, ¡vive Cristo!, y dispensad que jure, señora,—dijo el joven dirigiéndose á la dama al hacer esta salvedad.—¡La Capitana es incapaz de cometer una traición de tan ruin naturaleza! Hubiera asesinado uno por uno á sus hombres; pero entregarlos...

—Dicen que se lo ha exigido su amante para casarse con ella... Es un buen dote.

—Pues yo os digo que miente quien afirme tal cosa.

—¡Parece que la defendéis!—repuso la dama.

—En ese terreno, siempre; se los hubiera comido á todos antes de entregarlos.

—Yo no digo más que lo que he oído,—añadió el molinero.—Y celebraríá que lo que he oído fuera verdad, porque de ese modo nos veríamos libres de esos demonios.

—¿Ha pasado por aquí la partida alguna vez?—preguntó la dama.

—¡Ya lo creo!... ¡Más de cuatro!

—¿Y os ha causado algún perjuicio?

—¡Qué queréis que hiciera con unos pobres diablos



como nosotros! No es lo mismo esta noche, con esas ciruelas que traen usarcedes en los cajones que hay abajo...; porque supongo que serán ciruelas doradas y bien maduras.. ¡Si lo supiera!...

Y el molinero celebró con una risotada lo que él creía un chiste. Luégo añadió:

—¡Pero viniendo tanta gente..., ya se quedaría con las ganas!

Todos callaron.

Indudablemente las palabras del molinero habían producido mal efecto.

A cierta hora y en ciertos sitios no se debe hablar de ladrones.

Antonio le dirigió una mirada furiosa, murmurando:

—¡Le estrangulaba! ¿A que no me deja dormir con ese recuerdo?



Terminada la cena y la sobremesa, todos pensaron en descansar, ya que la noche les brindaba á ello.

La dama y su doncella se retiraron á la contigua habitación. Zúñiga y Antonio ocuparon su granero, y el capitán bajó al corral para encargarse la vigilancia á los centinelas antes de entregarse al sueño.

—Afortunadamente,—decía Antonio á su amo,—el molinero, si bien con ese recuerdo aumentó el terror que me poseía, ha disipado mis sospechas de que esté en connivencia con esa gente, pues que si así fuera, no

hubiese gastado tan estúpida chanza, destinada á sembrar la alarma.

—En los que piensan mal de todo el mundo como tú.

—Es que..., al pronto...; en fin, señor, no puedo remediarlo, pero le encuentro muy lagotero...

—Procura dormir, ó á lo menos no impedir el que yo lo haga.

—Ya lo creo que lo haréis; vos dormiríais, señor, en la punta de un campanario.

Serían las diez próximamente cuando no se oía en el molino más que el ruido del agua, cuya presa no movía las piedras aquella noche.

El molinero era galante con sus huéspedes, hasta el extremo de impedir que sus criados trabajasen.

Antonio estaba desvelado.

Era un hombre cuyo miedo le hacía muy impresionable.

Y aquella noche su terror era absurdo.

Primero, porque había noticias de que la partida de la Capitana no frecuentaba aquellos sitios, caso de no haber sido entregada.

Y segundo, porque ¿qué podían temer de aquella ochenta hombres?

El mismo procuraba tranquilizarse con tal seguridad.

Había oído decir que para conciliar el sueño que tarda, es bueno rezar ó contar mentalmente.

Empezó á hacerlo.

Pero á cualquier rumor levantaba la cabeza, y aplicaba el oído.

¡Y digo si en un molino hay rumores!

Así transcurrieron dos horas, en cuyo espacio de tiempo rezó en latín y castellano todo lo que sabía. Ya empezaban á entornarse sus párpados; se prometía un buen sueño.

Cuando de repente...

Talvez el molinero estaba desvelado, y tampoco podía dormir.

Solamente que ignoraba la receta de Antonio, ó por lo menos le fué ineficaz: si oró ó contó, no pudo conciliar el sueño.

Por eso sin duda salió á tomar el fresco hacia la montaña, á eso de las once de la noche, cuando Antonio empezaba á entornar los párpados.

El molinero, con las manos en los bolsillos del calzón, iba canturreando una *ronda* del país.

Puede que pensara en la ganancia que le iban á dejar aquellos huéspedes, ó en otra cosa cualquiera.

Pero debía ser muy alegre, porque expresaba una gran satisfacción.

Apenas se internó entre las matas bajas, esto es, á unos cincuenta pasos del camino, espantando á los conejos, cuando subió el diapasón, hasta el extremo de poder decir que cantaba á grito pelado.

De repente calló al ver una sombra que se pintaba en el sendero.

Era un hombre que le salía al paso.

Mirando con cuidado entre aquella semioscuridad, se echaba de ver que el ramaje presentaba una masa más compacta que de ordinario.

Había muchos hombres agazapados detrás de las matas.

El individuo ante quien se había detenido el molinero avanzó un paso.

—¿Eres tú, Jorge?—preguntó éste.

—¿Quién diablos quieres que sea?

—¡Ese que tú has dicho: el diablo!... Aunque, á decir verdad, entre Satanás y tú hay muy poca diferencia.

—Vengamos á lo que importa...

—¿Y la Capitana?

—Espera el resultado en su guarida, media legua de aquí.

—¿Por qué no viene? ¿Se lo impide el miedo? Sería la primera vez en su vida que desperdicia la ocasión de sahumarse con pólvora.

—En efecto, creo que teme.

—¡Bah!

—Al principio estaba muy animada, como se la ve cuando llega una de estas funciones, que son tan de su agrado; pero cuando llegó aquí la tropa esta tarde, y la dijimos que venía con ellos el alférez de guardias, cedió su brío, llegando á exclamar, ¡asómbrate!:

—«Renuncio á la parte que pueda tocarme; yo no me mezclo en nada, y os aconsejaría que hicierais lo mismo.»

—¿Eso dijo?—exclamó el molinero asombrado.

—¡Como lo oyes! Abriga la creencia de que estando ese mozalbete mezclado en el negocio todo saldrá mal.

—¡Pardiez!

—Y yo, por lo mismo, manifiesto mayor empeño; quiero ver si se pone al alcance de mis pistolas... Entonces, ya puede encomendar á Dios su alma...

—¡Renunciar á una presa tan bonita como la que hay en el molino!

—¿Cuánto?

—Cuarenta cajones de regular tamaño.

—¿Oro, ó plata?

—Puede que ambos metales: los chicos sudaban cuando descargaron los machos.

—¡Cuarenta cajones!

—Sí; pero... ¡ochenta soldados!

—¡Y nosotros que no somos más que cincuenta, con la gente que hay en el molino!

—No importa: aunque parezca lo contrario, la ventaja está en nuestro favor.

—¿Qué plan es el tuyo?... Pues tú debes haber formado alguno, según se haya colocado la gente.

—¡Y tanto como le he formado!... Creo que es infalible.

—Veamos.

—Las cajas con el dinero están en el lienzo de la de-

recha del corral, custodiadas por dos hombres; pero no hay que pensar en ellos, puesto que no han de irse de allí.

— ¡Es claro!

— En el lienzo de la izquierda han puesto los fusiles y los sables en pabellón, bajo la custodia de dos hombres; los demás, con el capitán, duermen por un lado y por otro, pero completamente desarmados, y sin ningún recelo.

— Entonces la cuestión está en apoderarnos de las armas...

— Justamente; para lo cual debéis dejar aquí las escopetas...

— ¿Pistola en mano?

— ¿Y por qué no el puñal? Eso hace menos ruido.

— Tienes razón; pero ¿y el alférez?

— Duerme arriba en el granero con su criado... Cuando quiera acudir, ya será tarde.

— Prosigue.

— Nos dividimos en dos grupos de á veinticinco; mientras unos entran por la puerta del corral, que yo abriré, los otros saltan la barda por la parte de la izquierda...

— ¿Donde están los fusiles?

— Sí: el grupo que va á mis órdenes, caerá, puñal en mano, sobre los que duermen; vosotros os apoderáis de las armas.

— Y los que libren del puñal, se encuentran indefensos.

—Un par de descargas lo hacen todo: tengo seguridad completa.

—Tendrán que rendirse sin combatir.

—¿Qué te parece el plan?

—¡Magnífico!... Es imposible que fracase.

—La soledad del sitio va en nuestro abono... El pueblo más cercano dista una legua; de modo que, aun cuando oigan las descargas, primero que acudan, ya estarán las cajas en la montaña.

—Pues entonces no hay tiempo que perder.

—No, reúne á la gente, y que me sigan veinticinco.

—¿Tienes la llave de la puerta del corral?

—Sí; pero entrarán por la casa.

—Tu grupo es el de la matanza.

—Y el tuyo el de los fusiles.

—Cuando hayamos puesto fuera de combate algunos de primera intención, nos reunimos todos, y hacemos fuego sobre los que quedan.

—¿Y la dama?

—Se cuidará muy bien de no salir del molino; y una vez las cajas en salvo, libre es de continuar su camino, si quiere y si le queda con quién.

—¡Pues, andando!

Jorge hizo sonar un pito, cuyo silbido indudablemente no se percibió desde la casa, aunque hubiera alguno despierto.

En seguida brotaron de entre las matas cincuenta hombres, armados cada cual con su escopeta y sus pistolas al cinto.

Allí estaba toda la partida; sólo faltaba la Capitana.

Los dos jefes eran Jorge, su segundo y amante, y el molinero.

Por recomendación de aquél, dejaron las escopetas entre las matas.

Jorge escogió veinticinco hombres, á quienes explicó el plan.

En seguida les dijo:

—El puñal en la boca para tener libres las manos el saltar la barda; tenemos que apoderarnos de los fusiles.

Mientras tanto, el molinero decía al grupo que comandaba:

—Vosotros seguidme cuchillo en mano; vamos á entrar en el corral por el molino; allí no hay más que dar gusto al brazo sobre los que duerman: hoy ganáis de seguro el infierno, pues vais á dar muchas almas á Satanás.

El que más y el que menos de los que allí había ya le tenían ganado.

Los dos jefes se separaron, después de haberse estrechado la diestra.

—Te recomiendo al alferez.

Con esta frase se despidieron.

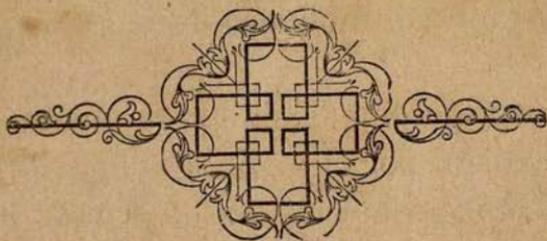
El amo se dirigió hacia el interior del molino, y el otro hacia la barda.

En aquel momento eran las doce.

Al saltar por encima de la tapia, á uno de los asal-

tantes se le salió la pistola del cinto, escapándosele el tiro.

Antonio, que empezaba á rendirle el sueño, abrió los ojos, y se sentó en su improvisado lecho de paja. Su amo dormía como un bienaventurado.





Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6, Madrid.

Se elevó sobre los estribos y la alargó el billete.





CAPITULO LXXVII

El combate.



L mozo aplicó el oído.

Estaba en la situación de aquel que confunde las quimeras del sueño con la realidad.

No podía asegurar formalmente que hubiera sonado lo que él había oído.

Casi estaba por asegurar lo contrario, teniendo en cuenta que se había dormido sospechando del molinero, y antojándosele los dedos huéspedes.

El miedo hace cosas que pueden calificarse de milagros, y Antonio, que no era valiente, aquella noche se sentía menos esforzado que nunca.

Aquel molino se le venía encima con su aparente tranquilidad; tenía para él la quietud del abismo, el horrible silencio de los sepulcros.

No sabía si en realidad había sonado una detonación; pero bien podía haber sonado.

Los espíritus débiles admiten de la noche todo cuanto puede dar, y un poco más.

La noche es, como el mar, capaz de todas las brutalidades posibles.

Antonio, desde que tenía uso de razón, no había visto nunca anochecer sin terror.

Sentado sobre su haz de paja, escuchaba con una ansiedad inmensa.

En aquel momento era capaz de oír lo que ocurriese á muchas leguas de distancia.

La casa donde hallábase el granero ocupaba un ángulo opuesto al corral: sin embargo, la distancia que los separaba no era tan grande, y la disminuía para cualquier ruido el silencio de la noche.

Antonio creyó percibir algunos ayes ahogados que traspasaban aquel silencio.

Eran ayes sin eco; parecían de muerte, como cuando la vida se corta de improviso.

Y no tenían nada de simultáneos; primero uno, después otro, como si no quisieran dejar lugar á duda.

No, el mozo ya no dudaba; se puso en pie, y se dirigió hacia su amo, á quien tocó en el hombro sin ceremonia.

Antonio hallábase transido de terror; pensaba en el molinero.

En aquel supremo momento su monita se le figuraba hipócrita, nauseabunda.

No parecía sino que acababa de oír su conversación con Jorge.

Pero su amo no despertaba.

Le sacudió con fuerza, como si se tratase de un igual suyo.

—¿Quién va?—exclamó Juan, abriendo los ojos.—
¡Ah! ¿Eres tú, Gertrudis?

En aquel instante soñaba con la Capitana.

Ya sabemos que aquel sueño tenía algo de profético.

—¡Señor! ¡Señor!—le dijo el criado en voz baja.

—¿Qué ocurre? ¿Vamos á partir ya? Aun es de noche.

Y Juan se frotaba los ojos, como si aun no hubiera despertado del todo.

—¡Señor, algo pasa en el corral!... ¿No oís?

—¡Cómo!

—Parece que alguien se queja allá abajo.

—Sí, las ratas del molino, que chillan. ¿Y para eso me despiertas, imbécil?

—He oído una detonación..., y después ayes de muerte.

—¡Miserable! ¡Si consigues que me levante, voy á rajarte de arriba abajo!

—¡Pero, señor, tengo yo la culpa de!...

Una descarga interrumpió la voz de Antonio, que cayó de bruces sobre el haz de paja que formaba el lecho de su amo.

Después se oyeron estos gritos.

— ¡Traición!... ¡A las armas!... ¡A mí los valientes!

La descarga se repitió, yendo acompañada de imprecaciones.

Entonces Juan de Zúñiga se puso en pie de un salto; amortilló una pistola, empuñándola con la mano izquierda, y esgrimió el acero con la derecha.

En seguida se dirigió hacia la escalera de caracol, que ponía en comunicación el granero con el piso principal.

Al cruzar la sala, iluminada por la débil luz de un farol, se vió detenido por la dama y su doncella, á quienes había despertado el ruido de las descargas.

Aquella le preguntó asustada:

— ¡Ah! ¿Qué pasa, señor de Zúñiga!

— No sé, y voy á verlo... Que nos roban probablemente... No me detengáis... Sobre todo, no salgáis de aquí, adonde no puede llegar el peligro.

En seguida, dirigiéndose hacia la escalera de caracol, y levantando la voz, gritó: — ¡Antonio, ya que no sirves para otra cosa, acompaña á esta señora!

Y se perdió en la escalera que conducía al piso bajo del molino.

Las descargas se sucedían, siendo más ó menos nutridas; seguían oyéndose ayes é imprecaciones.

Por delante de él cruzaban algunas sombras que huían.

Eran soldados que gritaban:—¡Traición! ¡Ahí están los bandidos!

Juan pensó en la Capitana, y sonrió, exclamando:—¡Me alegraría que nos viésemos frente á frente!

Pero sin detenerse, penetró en el corral.

Allí la luz de la luna iluminaba un cuadro que le avergonzó.

Los bandidos se habían apoderado de las armas, y fusilaban impunemente á los soldados, que ni acertaban á huir.

Su terror, al despertar de aquel modo, era grande.

En vano el capitán, con la espada en la mano, los arengaba para que se defendiesen, ya que no atacasen.

Algunos disponían de sus sables y bayonetas, que no acertaban á sacar de la vaina.

Parte de los bandidos se apoderaban ya de las cajas.

La situación era crítica.

Juan se colocó de un salto en medio del corral, y exclamó con voz de trueno:

—¡A mí el que tenga vergüenza, y no se deje matar como un conejo!

—¡Por el rey, y á ellos, muchachos!—gritó el capitán.

Entonces sonó una descarga, y el infeliz cayó atravesado el corazón.

Aquella muerte pareció librar á los soldados de la responsabilidad en que incurrían al no defenderse como debieran.

Uno de ellos vomitó este cobarde grito:

—¡Sálvese el que pueda!

Poseído de indignación por aquella conducta, que tanto rebajaba el valor del soldado español, Juan, en medio del corral, volviendo la espalda á los bandidos, insultaba á la tropa, que se dejaba robar impunemente, sin intentar el menor esfuerzo para no dejarse arrebatar lo que le estaba confiado.

Aquel hombre era al mismo tiempo un león y una salamandra, porque Jorge, al reconocerle, mandó hacer fuego.

Las descargas se sucedían sin interrupción; Juan, vomitando apóstrofes, estaba rodeado de una melena de fuego rojiza.

Pero las balas le respetaban: mucho debió trabajar el diablo aquella noche para salvarle.

Viendo Jorge aquel caso verdaderamente extraordinario de un hombre que se burlaba del plomo y de la pólvora, avanzó, pistola en mano, gritando fuera de sí:

—¡Oh! ¡Ahora no te me escaparás!

É hizo fuego, casi á boca de jarro, aunque sin tocarle.

Al ruido de la detonación, Juan volvió la cabeza, en el momento en que aquél le asestaba la otra pistola.

Aun tuvo la suficiente sangre fría para lanzar una carcajada al reconocerle, y le dijo:

—¡Ah!... ¿Eres tú? Voy á darte mi regalo de boda para cuando te unas con la Capitana.

Y extendió el brazo derecho, marcando un terrible revés.

La cabeza de Jorge, separada del tronco, fué á caer á los piés de los bandidos, que retrocedieron horrorizados.

Aprovechando aquel instante, gritó el joven:

—¡A ellos, muchachos! ¡Ya veis que huyen!

Ante le heroica conducta del alférez, un sargento, que había hecho esfuerzos inauditos para reunir á los dispersos soldados, logró formar un grupo de unos veinte, á quienes gritó:

—¡No tenéis vergüenza si le dejáis morir sin defenderle!

Y poniéndose al lado del joven, sin ver si le seguían ó no, dijo:

—¡A ellos, mi alférez! Nosotros dos bastamos para hacerles morder el polvo.

Ante aquella carga de dos hombres solos sobre cuarenta, los bandidos retrocedieron.

Ya no tenían más jefe que el molinero, el cual los insultaba llamándoles cobardes, y se batía también á cuerpo descubierto.

Los soldados, dominando su terror pánico, avanzaron, imitando la conducta del alférez y del sargento.

Unos esgrimían sus sables, otros sus bayonetas.

Así llegaron hasta apoderarse de los fusiles, que los bandidos arrojaban en el suelo para poder huir mejor.

Entonces empezó un fuego graneado, á que sólo contestaban el molinero y ocho ó diez de los suyos, que querían hacerse matar.

Los otros escalaban la tapia, cayendo muchos al suelo en el momento en que transponían el borde.

Los soldados que huyeron, volvían á la obediencia, alentados por la conducta de sus compañeros.

Aquello fué obra de un instante: la victoria se decidió por los buenos.

Algunos, aprovechándose del fragor del combate, quisieron apoderarse del dinero mientras los demás se batían; pero cayeron sin vida sobre los cajones objeto de su codicia.

Las descargas cesaron, no habiendo ya enemigos á quienes combatir.

Todo aquello duró una media hora.

El corral parecía un verdadero campo de batalla.

Entre unos y otros hubo veinte hombres fuera de combate.

La luna iluminaba gestos horribles de dolorosas agonías; y sobre los que agonizaban entre sangre negruzca, se veían esas heridas bestiales que hace ese monstruo que se llama guerra, el cual destroza los miembros como la pantera y el tigre.

Todo había concluído.

En medio del corral, en un charco de sangre coagulada, aparecía el capitán con el corazón atravesado, pálido el rostro y contraídos los labios.

Sus ojos, espantosamente abiertos, parecían fulminar aún terribles miradas sobre el cobarde enemigo que se había aprovechado de su sueño.

Juan se estremeció.

No hacía aún dos horas que aquel joven, lleno de vida, cenaba alegremente con él.

Jorge estaba á su lado.

La muerte reúne así á los buenos y á los malos, á vencidos y vencedores.

El joven le miró con cierta cruel complacencia, exclamando, presa de unos celos inverosímiles:

—¡A lo menos no se desposará ya con la Capitana!

En aquel momento, Gertrudis, que, como sabemos, no había querido tomar parte en el combate por un sentimiento supersticioso al saber que se encontraba allí el alférez, y que desde su cubil de la montaña había estado oyendo el fragor de la pelea, recibía á los primeros fugitivos, que iban á darle cuenta de su derrota y de la muerte del segundo jefe.

Recibió impasible la noticia de su prematura viudez.

Unicamente preguntó:

—¿Quién le ha dividido la cabeza del tronco?

—¡Ese alférez de Satanás, á quien Dios confunda!
—le contestaron.

—¡El alférez!... ¡Oh!... ¡Ese hombre!... ¡Ese hombre!...

¿Qué quería dar á entender con esta exclamación?

El molinero apareció con una herida en la cabeza, y habiendo oído las palabras anteriores, replicó:

—¡Ese hombre es el diablo! ¡Se ha burlado de nosotros y de nuestras municiones!

La Capitana contó su gente: faltaban veinte; ocho muertos y doce prisioneros.

Después de ordenar la retirada, iba exclamando al cruzar por el sendero:

—¡Ese hombre va á ser causa de que todo se pierda! ¿Por qué pienso tanto en él? Hoy me ha quitado á Jorge...; mañana..., ¡tal vez me quite la vida!... ¡Cuando pienso que le he tenido dos veces entre mis manos y le he dejado marchar! ¡Oh! ¿Qué podía hacer con él?

Y aquella mujer de hierro sollozó, acaso por la primera vez desde que vivía en la montaña.

Los bandidos que lo presenciaron, creyeron que aquellas lágrimas caían sobre la memoria de Jorge.





CAPITULO LXXVIII

De cómo Mucio Scévola tuvo envidia á los de Arévalo.



▲ sabemos que Antonio cayó de bruces sobre la paja que le servía de lecho á las primeras descargas.

No perdió el conocimiento, pero cerró los ojos.

Los cobardes creen que así disminuye el miedo: para ellos, el peligro pierde su fuerza no viendo sus estragos ni su aproximación.

En el estado de su espíritu no pudo oír la voz de su amo, que le ordenaba acompañar á la dama, en vista de que no servía para otra cosa.

Pero ni aun para esto era útil: necesitaba que le acompañasen á él.



Cuando abrió los ojos tuvo miedo al encontrarse solo.

Era capaz de volar al sitio del combate para procurarse compañía.

El miedo presenta esta clase de fenómenos.

Hay *medrosos valientes*, por más que esta frase ofrezca un terrible contrasentido.

Antonio se encontraba en este caso.

Las descargas menudeaban, indicando que la muerte estaba en la recámara de los fusiles.

La brisa de la noche llevaba hasta él esos gritos del combate, esa siniestra algarabía de danza macabra.

Ayes y maldiciones; voces de mando, gritos con que los combatientes reaniman su valor.

Alguna bala perdida, silbando, furiosa y estridente, se alojaba entre el bálago que formaba el techo del granero.

Antonio bajaba la cabeza, procurando esconderla entre los hombros con ese movimiento que, no por ser natural ó instintivo, es menos justificado.

Esto se repitió varias veces.

La hierba, reseca por el sol, al sentir el plomo, parecía que se quejaba.

Algunos murciélagos cayeron asustados á los pies del pobre mozo, que se sentía mal allí, creyéndose poco seguro.

Lanzóse hacia el caracol, y bajó como una piedra que rueda.

Pero al encontrarse en el principal, estuvo por re-

troceder asustado, creyendo que el enemigo estaba allí.

A los rayos de la luna que penetraban por una de las ventanas, vió en medio de la habitación dos sombras de hinojos, en actitud de orar.

Eran la dama y su doncella, que pedían á Dios por los suyos, suponiendo que corrían un gran peligro.

Pero Antonio ya no se acordaba de ellas; sólo pensaba en sí mismo.

Las dos, al verle, lanzaron un débil grito; tampoco se acordaban de él, y probablemente le tomaron por un enemigo que entraba al asalto.

La doncella fué la primera que le reconoció.

—¡Antonio!—dijo, lanzando un suspiro de alegría al ver que no estaban solas.

Lo mismo experimentó el mozo; tampoco estaba solo.

La dama corrió á su encuentro, y creyendo que llegaba de la parte exterior, le preguntó:

—¡Ah! ¿Qué ocurre?

En aquel momento una descarga cerrada hizo trepidar el aire y retemblar el piso.

—¡Eso es lo que ocurre!—exclamó el infeliz en el colmo del terror.—¡Horrible noche! ¡Creo que no veremos el sol de mañana!

—Pero ¿y vuestro amo?

—Disfrutando del baile probablemente. ¡No sabéis lo que le gustan esas funciones!

—¿No le habéis visto? Estaba aquí hace un momento... ¡Y el capitán!... ¡Dios mío, qué será de ellos!

—¡Ah! ¡Qué bien se dormirá á estas horas en cualquiera de las celdas del convento de jerónimos!

—¿Por qué no bajáis á informaros?

—¡Yo! ¡*Vade retro!*... Además, sin necesidad de exponerme puedo deciros lo que pasa, como si lo leyera en un libro. La partida de la Capitana ha oído que llevábamos dinero, y manda á su gente para que nos aligere del peso. Es una señora que hace las obras de caridad á tiros.

—¡Dios mío!... ¡Y puede que no os equivoquéis!

—Tengo la seguridad de acertar en mis juicios..., y pensando mal, resulta que pienso bien. ¡Con razón desconfiaba yo de ese molinero!

—¡Ah! ¿Desconfiabais?

—Desde un principio...; pero mi señor quiso arrancarme la piel por mis sospechas. ¡Quién sabe si el molinero le habrá arrancado la suya!

—¡Qué horror! ¡Entonces estamos perdidas!

—El fuego sigue...

—¡Me parece que los disparos suenan más cerca!— exclamó la muchacha.

—¡Eso es que el enemigo va ganando terreno!

Y Antonio buscaba con los extraviados ojos sitio á propósito donde ocultarse.

—Y ¿por qué no han de ser los nuestros los que triunfen?— dijo la dama, que era la que conservaba más firmeza de ánimo.

—¡Los nuestros, á quienes habrán pillado dormidos!

—Pero á lo menos hacen resistencia: esas descargas lo indican.

—¡La resistencia de los que no quieren dejarse matar!

—¡Oh! ¡Qué horrible noche!

Por fin cesó el fuego, y se restableció el silencio. Pero era un silencio sombrío: lo mismo podía proceder del triunfo que de la derrota.

La angustia de aquellos tres personajes era grande. Incertidumbre... Ansiedad...

¿Qué había pasado?

Permanecer en aquella duda era terrible.

La dama suplicó á Antonio que saliera para transmitir las noticias que pudiera adquirir.

Pero Antonio tuvo la franqueza de confesar que antes le hacían tajadas que arriesgarse él en aquella casa, donde había un molinero tan sospechoso.

—Pues bien, —dijo la dama con entereza:—yo iré.

Y se dirigió hacia la puerta, á tiempo que se presentó el sargento de parte del alférez para tranquilizarla, diciéndole que nada tenía que temer.

Los tres le rodearon con interés.

El bravo militar estaba negro y rojo.

La pólvora tiznaba su rostro; la sangre manchaba su uniforme.

La dama le hizo dar detalles de todo lo que había pasado.

El sargento satisfizo su curiosidad con lo que sabía, refiriendo la muerte del capitán, y el heroico comportamiento del alférez, que se había puesto al frente de la tropa, y á quien se debía la conservación de todo y el triunfo conseguido.

Antonio respiró con fuerza.

—¡Siempre es un honor el servir á las órdenes de un hombre tan valiente!—exclamó.

—¡Pues poco se os ha pegado de ir en su compañía!—replicó la doncella.

Entre tanto, Juan de Zúñiga, que se había hecho cargo del dinero y de la gente, disponía lo necesario para la seguridad de todos hasta el amanecer, que emprenderían la jornada.

Enterráronse los muertos en el mismo corral, y guardando los heridos y prisioneros, de los que habían cogido doce, según ya dijimos, despachó un propio al alcalde del inmediato pueblo para que se hiciera cargo de los últimos, enviándolos fuertemente escoltados á San Sebastián.

Después pidió al sargento recado de escribir, poniéndose á instruir una especie de sumaria de todo lo que había pasado, que debía entregar en Madrid al ministro de la Guerra.

Cuando hubo terminado, se dirigió á la habitación que ocupaba la dama, haciendo que le acompañasen el sargento y hasta tres soldados.

Llevaba en la mano una cartera con los papeles del difunto capitán.

Después de reunirlos á todos, dijo:

—Se trata de una formalidad que hay que llenar, por más que, como todos, deplora el motivo que me pone en este trance. Ninguno de vosotros ignora que yo voy preso bajo mi palabra de honor: ignoro la acusación que pesa sobre mí; pero aun cuando ha muerto aquel bajo cuya custodia iba, no me encuentro menos ligado que antes lo estaba, y aun cuando el sargento es mi subalterno, le reitero mi palabra de no escaparme, presentándome con él al ministro de la Guerra, que es el que me reclama.

Todos asintieron, y el sargento manifestó en voz alta *que tenía el honor de hacerse cargo de un preso* que procedía tan noblemente, habiendo podido escaparse.

—No es eso todo,—prosiguió Juan.—A consecuencia del ataque de esta noche, ha sucumbido, cumpliendo como bueno, el jefe que nos mandaba.

Iba encargado de una conducta de dinero que debía entregar en Madrid.

De sus papeles resulta que ésta asciende á la suma de cuarenta mil duros, distribuídos en cuarenta cajas, á razón de mil duros cada una.

No ha quedado más jefe de graduación que yo; y sea la que quiera la falta, que no delito, por la que se me persigue, creo que no me privará del honor de hacerme cargo de ese dinero y de la partida que le custodia.

Os reuno á todos para que seáis testigos de mi de-

terminación, y de cómo asumo la responsabilidad que pudiera tocarme desde este momento. ¿Estáis conformes?

—¡Lo estamos!--dijeron sargento y soldados á una voz.

El primero añadió:

—Vuestra jerarquía en las filas os hace jefe nuestro; nosotros aceptamos como tal al hombre que acaba de salvar nuestro honor, haciendo que no deshonrásemos nuestro uniforme, dejándonos arrebatarse lo que se nos había confiado.

—Entonces, firmad esta sumaria.

Y el alférez exhibió el papel que acababa de escribir, en el cual estamparon su firma los presentes, empezando por la dama.

Después guardó aquél los papeles del capitán.

Cuando todos salieron, dijo la dama:

—Vuestra conducta no ha podido ser más noble, caballeresca y leal en esta ocasión.

—¡Señora!...

—Estoy enterada de todo. No teníais obligación de batiros, puesto que ibais preso; habíais dado vuestra palabra de no escaparos, y esto bastaba.

—Para mí, no; visto un uniforme del rey.

—Pero vuestra espada había sufrido un entredicho; la llevabais al cinto por pura complacencia del que había recibido vuestra palabra.

—A pesar de lo que decís, creo haber cumplido con mi deber.

—Habéis ido más allá, arriesgando la vida por defender lo que no se os había confiado.

—No podía consentir que el dinero de la nación pasara á manos de unos ladrones.

—Además, la tropa sorprendida se había declarado en dispersión, y vos la habéis encaminado por la senda del honor.

—¡Basta, señora! Me estáis sonrojando...

—Sólo me falta haceros una pregunta.

—Hablad.

—¿A quién destináis esa sumaria?

—Al señor ministro de la Guerra, marqués de Grimaldi.

—¿Tenéis la bondad de proporcionarme los medios para escribirle una carta?

—¡Al ministro! —exclamó el joven sorprendido.

—Sí.

—Pues bien, aquí los tenéis.

Sobre una mesa de tosco pino había papel y el tintero del sargento.

La dama se puso á escribir.

Zúñiga y su criado la contemplaban á una distancia respetuosa y discreta.

¿Quién era aquella mujer que se carteaba con un ministro? Sobre todo, ¿qué le decía?

Terminada la carta, que fué algo extensa, y después de metida dentro de un sobre que selló con lacre, la dama se dirigió al oficial, diciéndole:

—Tengo que pedir os un favor.

—Mandad y obedeceré, señora.

Nuestras jornadas no pueden ser muy largas, y esto vos lo sabéis mejor que yo.

—Seguramente.

—Demodo, que aun tardaremos en llegar á Madrid...

—Lo menos seis días.

—Seis días es mucho para que el ministro ignore lo que pasa; tengo interés en que lo sepa cuanto antes, y en que esté enterado de todo á vuestra llegada. Creed que esto no es una vana complacencia mía; tengo autorización para hablar así.

—Lo creo, señora. ¿Qué deseáis?

—¿No sería posible mandar un propio al ministro, y que le entregase estos papeles?

—¿Por qué no? Cualquiera de mis soldados, en un buen caballo...

—No quisiera distraer á ninguno de ellos. Por desgracia, la fuerza ya está mermada.

—Es que una comisión así no puede desempeñarla un desconocido.

—Supongo que tendréis confianza en vuestro criado, que no forma parte activa de la expedición.

—Absoluta.

—¿Conoce el camino?

—Aun no hace un mes que le ha recorrido conmigo viniendo de Madrid.

—Pues si os parece...

—Está amaneciendo; partirá en seguida, y nosotros también.

La dama se retiró para prepararse, y Antonio acudió al llamamiento de su amo.

No bien se enteró de lo que se exigía de él, se puso á temblar, tornándose excesivamente pálido.

—¿Qué es eso? ¿Rehuirías una comisión tan honrosa? —le preguntó Juan.

—Señor, ¿y los bandidos, quienes pueden tomar en mí sangrienta revancha?

—Pero, estúpido, ¿crees que, después del descalabro recibido, estarán en las cercanías esperando nuestro paso?

—Pero ¿y si están?

—¿Es decir que, según tu juicio, después de lo ocurrido no debe nadie transitar por estos contornos? ¿Que cuando una dama necesita de ti, yo debo decirle que no te da la gana de ponerte á su disposición? Pues, amigo mío, el que no es capaz de servir á una dama, tampoco puede estar á mi servicio. Desde este momento te dejo en libertad para que busques otro amo.

Antonio no vaciló un momento, y con la resolución de un romano que se sacrifica por salvar la república, alargó la mano, exclamando:

—Vengan esos papeles.

Mucio Scévola debió estremecerse de alegría en su sepulcro, deplorando por primera vez no haber nacido en Arévalo.

La dama llamó á Antonio para darle las últimas instrucciones.

Estas se encerraban en un bolsillo, á través de cuyas verdes mallas se veían algunas monedas de oro.

Cinco minutos después partía Antonio al galope de un buen caballo, pidiendo á Dios que le sacase con bien de la montaña.





CAPITULO LXXIX

Cómo una canonesa desheredó á un conde.



El conde de la Estrella paseaba una tarde bajo las frondas del parque del castillo de Irusteta.

El cielo estaba despejado, la brisa era suave, las flores del otoño le regalaban su aroma, las aves cantaban entre el ramaje...

Pero el conde no hacía caso de las aves, ni del aroma, ni de las flores, ni de la brisa, ni del cielo.

No estaba en aquel momento para poesía.

Se acordaba de su vajilla, y de la carta que había recibido por la mañana.

Su tía, que reposaba á la sazón de las fatigas del

viaje, llena de piedad cristiana le había llamado imbécil por su excesiva confianza.

La servidumbre del castillo, enterada del caso, se burlaba de él, y no tan en secreto que no descubriese en los labios de cada criado cierta risita sarcástica.

El hecho no tardaría en hacerse público, y el conde, con su candidez, representaba un papel tristísimo.

Más de una vez le ocurrió la idea de huir de aquel sitio.

Entonces no se conocía aún «el ostracismo» ni «el amargo pan de la emigración».

No hay, por lo tanto, que extrañar que estuviese todo lo más furioso que puede estar un conde, ni que pasase por alto las poéticas bellezas de aquella tarde de otoño.

Pensaba en el billete que había recibido por la mañana, y que estrujaba contra su pecho.

De su contexto deducía dos cosas.

Que su rival...

Porque hay que advertir que el conde se había acostumbrado á llamar su rival á Zúñiga, y ya sabemos que no tenía razón para ello.

Su rival había escapado bien de la cobarde asechanza del camino del Pardo; se burlaba de él, y había dispuesto el robo de la vajilla; por lo menos conocía á los ladrones.

Lo primero no lo extrañaba.

Juan era capaz de salir bien hasta del mismo

infierno, y del infierno mejor que de cualquiera otra parte, puesto que le apadrinaba el diablo, según se decía.

Pero ¡que tuviera relaciones con salteadores de caminos, que dispusiera robos él mismo!...

Esto le parecía inconcebible.

Hasta entonces había juzgado á Zúñiga capaz de todas las aventuras imaginables, menos de aquellas en que tuviere que pisotear su honor.

Pero desde el momento en que se enteró de que aquella partida iba mandada por una mujer, cuando tuvo ocasión de convencerse de que ésta era joven y bonita, ya se le hizo menos duro de creer que el alférez anduviera mezclado en el asunto.

Digámoslo en su obsequio: no supuso nunca que Juan se aprovechase ni de un maravedí de los robos de la Capitana.

Creyó únicamente que lo de la vajilla era una venganza, sin admitir en su egoísmo que estuviese autorizado para vengarse.

No conocía que lo que había hecho con él era una felonía indigna de un caballero.

Buscar y pagar cuatro ó cinco rufianes para que asesinen á un hombre, es peor que robarle á uno un objeto cualquiera, mucho más cuando en el robo resalta cierto ingenio que no se ve en la emboscada, donde sólo existe la brutalidad de la sorpresa.

Esto era lo que no comprendía el conde en medio de sus deseos de venganza.

Y el billete que tenía en el bolsillo se la ofrecía rápida y segura.

Es verdad que no llevaba firma, pero no podía dudar de su procedencia.

Siendo Juan el ofendido en el camino del Pardo, claro está que nadie más que él podía desear la revancha.

De aquí resultaba el robo y la premeditación.

Poco le importaba que Juan no se aprovechase de él; aparecía autor ó cómplice, y esto era lo interesante para un hombre que quería vengarse.

El conde se sentó en un banco.

Aunque era de piedra, se le figuró de pluma.

Era el banco de su venganza.

Allí meditó.

Se trataba de un alférez, de un pobre diablo sin relaciones, acusado de robo por un caballero que disponía de algún favor en la corte.

El delito aparecía patente y probado: Juan estaba perdido.

Podía hacerse constar de una manera evidente que al verificarse el robo estaba en el país.

Se le había visto en una posada, en compañía de su criado y de un fraile.

El posadero podía declarar, en caso necesario, que al hablarle de la partida de la Capitana, el joven no había expresado ningún temor, atravesando de noche

la montaña, sitio peligrosísimo, como quien está seguro de no ser atacado.

Estos detalles eran pruebas irrecusables que, hábilmente presentadas, podían perder á un hombre.

A los pocos días de esto se había verificado el robo.

Y aunque un anónimo no constituye prueba, aquel billete dejaba de serlo.

Lo del camino del Pardo era la firma, y aquella firma decía claramente: JUAN DE ZÚÑIGA.

El conde se levantó de aquel banco, más satisfecho que un alquimista de la edad media cuando creía haber encontrado la piedra filosofal.

Era la hora de cenar.

Doña Úrsula le vió en la mesa muy consolado, casi alegre y decidor, como un hombre que, en vez de perder ciento cincuenta mil francos, se los encuentra.

Al enojo, á la furia de aquella mañana, había sucedido la calma plácida del que nada tiene que deplorar en el mundo.

Hasta cenó con más apetito que otras noches.

—¡Vaya!—decía la canonesa.—Mi sobrino tiene una grandeza de ánimo que asusta....; ¡más vale así!... Confieso que yo, en su lugar, no me hubiera resignado tan pronto.

A los postres, y antes de levantar el mantel, la buena señora acostumbraba á rezar, lo mismo los que

comían con ella, multitud de oraciones, dirigidas á multitud de santos, y encaminadas á multitud de objetos.

Aquella noche, por galantería hacia su sobrino, aumentó un *Paternóster* á las ánimas, pidiéndolas que descubriesen al autor ó autores del robo.

El conde sonrió, dándola las gracias con un ademán de cabeza.

—No dudo, —dijo al despedirse,—que las ánimas atenderán nuestro ruego.

—Lo que yo te aseguro, sobrino mío, es que no he recurrido en vano ninguna vez á las ánimas.

Lo cual quería decir que la buena canonesa contaba con amigos hasta en el purgatorio.

Era una persona tan bienquista, que no había riesgo en suponer que los tuviese en el infierno.

Una vez solo en su habitación, el conde formuló una denuncia en regla, dirigida al ministro de la Guerra, de quien era amigo, contra Juan de Zúñiga, alférez de guardias valonas, desterrado á la sazón en San Sebastián *por sus escándalos y desórdenes*, suponiéndole autor ó cómplice del robo de una vajilla de su propiedad.

Como prueba irrecusable, inconcusa, acompañaba el billete de Juan.

Pero como la explicación de lo del camino del Pardo le hacía muy poco favor, el conde inventó una fábula, de la cual resultaba que, habiéndose encontrado allí casualmente y sin testigos, había abofeteado al

alférez para obligarle á batirse, sin poder conseguirlo.

Aquel documento, hábilmente redactado, fué dirigido por el conde á un pariente que tenía en la corte, á quien enteró de todo, para que se le presentase al ministro y le apoyase de viva voz.

Un individuo de la servidumbre de la canonesa partió al día siguiente para Madrid, portador de tan infame denuncia.

Hecho esto, el conde descansó como Dios después de sacar el mundo del caos.

Sólo que Dios había hecho algo bueno, por lo menos grande, y el conde acababa de cometer la segunda felonía, más negra, más nauseabunda que la primera.

No le faltaban medios para enterarse de lo que pasaba en San Sebastián.

A los ocho días su pariente le escribió que se había dado la orden de arresto contra el alférez Juan de Zúñiga, el cual debía presentarse en la corte á las órdenes del ministro de la Guerra.

Lleno de inmensa satisfacción, se frotó las manos, y tuvo la cruel complacencia de salir al camino para ver pasar al hombre á quien por una ruin venganza acababa de perder deshonorándole para toda su vida.

Oculto detrás de una peña, pudo ser testigo de todo.

El alférez, sin sospechar la odiosa mirada que se desplomaba sobre él, hacía caracolear su caballo junto á la portezuela del carruaje donde iba la dama.

—¡Siempre mujeres!— exclamó el conde.—Acaso

haya algún marido de por medio..., ¡aunque poca guerra les podrá dar ya! ¡Qué ajeno va de que yo estoy aquí!..., ¡yo!..., ¡el que ha tirado la piedra!

Efectivamente, Juan, que ignoraba la causa de su prisión, no podía sospechar que aquella piedra ocultase tanta infamia.

El conde regresó al castillo.

Aquel día comió bien; por la noche durmió mejor.

Hay seres cuya conciencia se satisface con malas acciones.

Al día siguiente circuló por el país la noticia, del ataque nocturno de los bandidos á la conducta de dinero.

Sólo que, como todas las noticias, se desfiguró, ignorándose el verdadero resultado; pues mientras unos afirmaban la verdad, otros decían que los bandidos se habían retirado llevándose carne entre las uñas.

El conde se estremeció, creyendo que se le había escapado su presa.

Pero luégo supo que el alférez no había huído.

—¡Mejor que mejor!—exclamaba á sus solas.— Esto robustecerá mi denuncia. El ministro y todos los que lo sepan, supondrán que el alférez estaba en connivencia con la Capitana, y que, habiéndoles salido mal el golpe, él, que ignora el motivo de su arresto, se deja conducir por disimular. De cualquier modo, ese lindo don Diego está perdido... ¡Yo me vengo, que es lo principal!... Tendré el gusto de verle remando en las galeras del rey.

Y en esta confianza, la vida del conde se deslizaba feliz en el castillo.

La canonesa estaba admirada.

Un día se atrevió á decirle:

—Pero, sobrino mío, ¿no piensas ya en tu vajilla?

Este le contestó, sonriéndose:

—¡Más de lo que creéis! Aunque me veis aquí, sin dedicarme, al parecer, más que al restablecimiento de mi salud, acaso no se tarden muchos días en que os anuncie el castigo del verdadero culpable.

—¿Le conoces?

—¡Y está preso!

—¡Oh! ¡Bien hicimos en rezar á las ánimas benditas aquella noche! ¡Con tal de que recobres lo perdido!

—Eso es algo más difícil; pero soy rico, y me satisface sólo el vengarme.

Los asuntos en que entiende la autoridad militar siempre apresuran sus trámites: por consecuencia, el conde, hablando con su tía, le había dicho la verdad; y calculando que Juan estaría ya en Madrid, esperaba de un momento á otro que le escribiese su pariente noticiándole el castigo.

Esta sería la señal de su regreso.

El conde entraría en su casa como el guerrero que vuelve de conquistar un reino, diciendo á su esposa:

—¿Pensáis aún en aquel barbilindo que tan gallardamente tiró de la espada aquella noche contra vues-

tro marido, que quería quitaros la careta? Pues hoy le tenéis remando por cuenta del Estado en tal ó cual presidio... ¿No sabéis? Entre sus hazañas se cuenta la del robo en cuadrilla .. ¡Oh!... ¡Os aseguro que es un perfecto caballero!... Solamente que la justicia del rey le ha encontrado digno de una cadena..., y se la ha puesto.

Así pensaba el conde.

Cada día que pasaba iba acercándose más á su venganza, á su felicidad.

Y como estaba seguro del éxito, no le consumía la impaciencia.

Esperaba esperando, y era feliz, por lo mismo que esperaba serlo.

Una mañana, el criado del castillo, que bajaba á Hernani, le entregó una carta.

¡Oh! ¡Una carta!

Sin duda era la que esperaba con tanto afán, donde se le daba la gran noticia.

Lo primero que hizo el conde fué lo que todos hacemos en caso idéntico: examinar el sobre.

Aquello le hizo fruncir un tanto el ceño: la letra no era de su pariente; no conocía aquellos caracteres.

Se apresuró á romper el sobre, desdobló el papel y miró la firma.

¡JUAN DE ZÚÑIGA!

Sin duda, habiendo sabido que era él su acusador, y próximo á ser sentenciado, le pedía gracia...

¿Qué otra cosa podía escribirle el alférez?

—¡Gracia! - exclamó. - Nada de eso... ¡Oh! Seré inexorable en lo que de mí dependa.

Y animado de *tan buenos* sentimientos, empezó á leer.

Pero no pudo concluir.

El papel se desprendió de sus manos, cayó al suelo, y le pisoteó con furia.

En seguida empezó á vomitar todo el repertorio de maldiciones y blasfemias que conocía.

Los santos debieron estremecerse en la gloria.

A la sazón pasaba su tía por delante del aposento.

La buena canonesa, apoyada en el brazo del capellán, volvía de la capilla de dirigir á Dios su largo y acostumbrado formulario de peticiones.

Hacia ya muchos años que sólo oía palabras piadosas; desde que tenía uso de razón no se había acercado á su oído una blasfemia.

Al oír á su sobrino, se desmayó, cayendo al suelo redonda, porque el capellán no pudo socorrerla, ocupado como estaba en taparse los oídos.

Aquella tarde salió el conde del castillo con dirección á la corte, habiendo oído antes de labios de su tía que no pensase en heredarla.





CAPITULO LXXX

¡Pliegos para el ministro!



RAZÓN tenía el conde de la Estrella en darse á cien mil carretadas de diablos, y en maldecir de su suerte, negra y muy negra, desde que el alférez Zúñiga se había atravesado en su camino, cruzándole el pecho de una estocada.

Hay que disculparle.

El hombre que persigue una venganza por espacio de un día ó de muchos meses, el tiempo nada vale con relación al deseo, y en el momento de lograrla ve fallidos sus cálculos, tiene derecho á lanzar toda clase de improperios, por más que lastime las creencias religiosas de todas las canonesas del mundo.

Una cosa por el estilo le pasaba al conde de la Estrella. •

Había empezado á leer aquella carta en la inteligencia de que le pedían perdón, y resultó que se burlaban de él.

Porque Juan de Zúñiga se burlaba, y vamos á saber los motivos que tenía para ello.

En primer lugar, Antonio, sin apresurar mucho su marcha, porque era muy mal jinete, llegó á Madrid tres días antes que su amo, y llegó sin contratiempo alguno.

Todo su terror duró al pasar la montaña, que era donde esperaba encontrarse con los bandidos.

La buena lógica, de la cual era Juan á veces digno representante, le decía que la partida de la Capitana estaría muy lejos de allí.

Así sucedió, en efecto.

Un ejército derrotado llora el fracaso que le ha hecho sucumbir muy lejos del sitio donde éste ha tenido lugar.

Aunque no sea más que la vergüenza le aleja.

Esto lo sabía muy bien Antonio.

No obstante, al pasar la montaña, la lógica perdió todas sus reglas, y lo improbable se hizo probable.

El absurdo tomó carta de naturaleza entre las cosas regulares, y en aquellos primeros momentos hu-

biera probado que dos y dos, sin perjuicio de ser cuatro, pueden ser diez y seis.

En cada mata veía un hombre que le acechaba, en cada árbol un grupo, en cada peña un ejército

Una piedra que se desprendiese, movida por algún lagarto; una hoja que cayera de la rama á impulso de la brisa; el arroyo murmurando en un remanso; el manantial goteando desde lo alto, todos estos ruidos inocentes de la naturaleza que vela, se le figuraban otras tantas voces que le pedían airadas la bolsa ó la vida.

Cuando veía á lo lejos algún caminante, algún pastor, alguna cabra en el pico de una elevada roca, se detenía bruscamente, celebrando consejo consigo mismo sobre si debía pasar ó no.

Cuando reconoció el sitio donde su amo, Olavide y él habían sido detenidos un mes antes por la Capitana y Jorge, se puso lívido.

Era una garganta estrecha, flanqueada por dos riscos enormes.

Aquel difícil paso duraba veinte minutos, aun yendo á caballo.

No había otro camino; tenía que pasar por allí.

Desde arriba dos hombres solos podían matar impunemente á un batallón.

Estuvo á punto de retroceder y volver al caserío.

Pero entonces, además de confesar su miedo, era preciso que devolviese á la dama aquel bolsillo que no había sabido ganar.

Y contenía monedas de oro.

Aquellas monedas representaban muchas comidas en una ó muchas hosterías.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que su gula pudo más que su vergüenza.

Metió espuelas al caballo, y bajando la cabeza, avanzó, pidiendo á Dios que la Capitana y su partida estuviesen muy lejos de aquel sitio.

Lo estaban, en efecto.

Gertrudis lloraba á aquella hora su derrota, y la muerte y prisión de los más bravos de los suyos, deplorando que fuera Zúñiga el autor del desastre, Zúñiga, contra el cual nada podía, como si le hubiera encadenado pies y manos desde el momento de verle.

Al día siguiente, cuando Antonio se encontró en los llanos de Castilla, empezó por palpase para reconocer su integridad.

En seguida se apeó al borde del primer arroyo que le salió al paso, contemplándose en su movible cristal.

Antonio tenía miedo de ver á otro en su lugar.

Pero era el mismo, aquel Antonio auténtico, natural de Arévalo, al servicio de don Juan de Zúñiga, alférez arrestado de guardias valonas.

Allí respiró con fuerza; nada tenía que temer.

Pasado el peligro, le volvió el valor, que en los cobardes es fanfarronada.

Antonio se irguió sobre la silla de su caballo, puso

el puño izquierdo sobre el muslo, y dirigió á todos lados insultantes miradas.

Los que le veían en aquel ademán tan fiero, estaban muy lejos de sospechar que el día antes, entre la empinada montaña de Burgos, un niño, tosiendo un poco fuerte, le hubiera hecho caer de su caballo.

Parecía un Bayaceto, siendo solamente un Sganarelle.

Por último, entró en Madrid, deplorando no haber avisado antes para que hubiesen ensanchado las calles.

Procuraba quitar de su persona el vulgar aspecto de un Juan cualquiera.

Se había encontrado en un combate, á bastante distancia, es verdad, donde no podían alcanzarle las balas; pero las había oído silbar; además, era portador *de pliegos* para el señor ministro de la Guerra.

Esto da cierto lustre á la persona.

Un pliego para un ministro no le lleva un quídam.

Para esto se necesita ser correo de gabinete ó valija.

Antonio no se contentaba con ser esto último; sin embargo, no era lo primero.

Entró en la villa á galope, deplorando que su caballo no llevara fuegos artificiales en las herraduras para hacer más ruido.

En el trayecto que tuvo que recorrer, atropelló á media docena de personas.

¡Qué menos!

A una vieja le dislocó un hombro.

Y á los que querían detenerle, les gritaba con énfasis:

—¡Llevo pliegos para el ministro, del lugar del combate!

Todos creían que se trataba de algún desembarco de ingleses en la Península, y aquel día corrieron por Madrid noticias estupendas.

Los armeros retiraron sus armas de los escaparates para limpiarlas.

Efectivamente, aquel jinete empolvado, que metía tanto ruido y atropellaba á todo el que se oponía á su paso, parecía alguien.

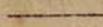
Luégo, el nombre del ministro puesto en sus labios, le daba cierta respetabilidad.

Hablaba de combate, lo cual le hacía oler á pólvora.

Por espacio de algunos minutos, Antonio fué un personaje.

A pasar por Arévalo, le hubieran erigido una estatua sus paisanos.

Pero entonces no se estilaba esto, ni aun dar comidas á los héroes, á tanto el cubierto.



Antonio llegó á lo último de la calle de las Infantas, y echó pie á tierra ante la casa del ministro.

Entregó las riendas de su caballo á un pilluelo, que entonces, como ahora, abundaban en todas partes don-

de no eran necesarios, y subió los tres escalones de piedra que daban acceso al zaguán.

Por uno de los criados de escalera abajo supo que su excelencia estaba en casa, y solicitó verle.

Tal vez no lo hubiera conseguido; pero se agarró á la muletilla que le había servido para atropellar impunemente á todo el mundo, diciendo *que llevaba pliegos del lugar del combate*, y que había llegado *reventando caballos*.

El pleonasma no sienta del todo mal cuando se trata de ver á un personaje.

Antonio fué introducido hasta la cámara del ministro, habiendo sufrido en el camino un verdadero aluvión de preguntas, que tuvo que dejar sin contestación.

Allí cedieron sus bríos.

No se había visto nunca en presencia de un personaje tan elevado; es decir, tan cerca; porque cuando estaba su amo de guardia en palacio, los veía de lejos.

Para él un ministro era un ser privilegiado, que nada tenía que ver con los hombres.

Dios le había hecho de un kaolín especial, distinto del que empleó para fabricar á los demás seres.

Un ministro era el segundo del rey, y éste representaba el papel de una especie de lugarteniente de la divinidad.

Antonio no se atrevía á levantar la vista, temiendo quedar deslumbrado.

Hasta que le invitó á hablar una voz que pudiera convenir muy bien á cualquiera de los zapateros de la época.

Entonces miró, encontrándose con un hombre como los demás.

El marqués de Grimaldi, ministro de la Guerra, estaba vaciado en el molde de los demás míseros mortales.

Antonio le echó una mirada, que quería decir:— «¿Y esto es un ministro? ¡Apenas me atrevería yo á ser criado de este hombre!»

Sin embargo, le contuvo cierto respeto; y sacando el pliego suscrito por Zúñiga y la carta de la dama, se los entregó; haciendo una profunda inclinación de cabeza.

—¿De dónde venís?—le preguntó Grimaldi, antes de enterarse del contenido de aquellos papeles.

—De la sierra de San Cristóbal, —contestó Antonio.

Grimaldi debió creer que le hablaban de los antípodas, porque se encogió de hombros.

—¿Quién os manda? preguntó.

Una dama cuyo nombre ignoro, y el alférez de guardias don Juan de Zúñiga.

Antonio no se atrevió á decir «mi amo», porque se creía rebajado.

El ministro, que tenía muy buena memoria, recordó por el nombre del alférez los antecedentes que te-

nía de él respecto de la delación del conde de la Estrella, y exclamó:

—Y ¿qué hace ese alférez, que no se me presenta? ¿No estaba preso?

—Y lo está todavía, señor: no tardará en presentarse á disposición de vucencia; pero esos documentos podrán enterarle, mejor que yo mismo, de lo que se trata.

El ministro empezó por abrir la carta que le dirigía la dama.

A medida que avanzaba en su lectura, su semblante expresaba mayor admiración.

Y como suele suceder en tales casos, cuando se trata de una noticia inesperada, el ministro concluyó leyendo en alta voz.

Los últimos párrafos de aquella carta eran altamente encomiásticos para el alférez.

En seguida leyó la sumaria de los hechos que aquél escribió bajo la salvaje impresión de la pelea.

Aquellas frases olían á pólvora, y parecía que destilaban sangre.

Cuando el ministro acabó de leer, permaneció meditabundo.

Allí se le decía de Juan todo lo contrario de lo que afirmaba la denuncia del conde de la Estrella.

Según ésta, Zúñiga era un bandido; según la sumaria y la carta, un héroe.

No había término medio: alguno de aquellos papeles mentía, pero mentía descaradamente.